

La moral sexual según Ratzinger

ELMUNDO.ES

Después de que Ratzinger se haya convertido en Benedicto XVI, están apareciendo diversas reediciones de todo cuanto dijo o publicó. Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores recupera con este motivo 'Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época' (2002). Una conversación (de más de 400 páginas) que el periodista alemán Peter Seewald mantuvo con el entonces cardenal. En ella explica lo que opina sobre el matrimonio entre homosexuales, el uso del preservativo, la moral sexual de la Iglesia y otros temas que se han previsto controvertidos de cara a su papado. A continuación, reproducimos el capítulo que dedicaron a charlar sobre el matrimonio.

PREGUNTA: La mayoría de los jóvenes dudan hoy en día entre si contraer matrimonio o iniciar una convivencia más bien libre. El Estado, por su parte, intenta equiparar al matrimonio las uniones de hecho y las parejas homosexuales. Se plantea la pregunta: ¿por qué tiene que ser el matrimonio la única forma aceptable de convivencia?

RESPUESTA: Por un lado, sólo un ámbito de fidelidad realmente sólido es adecuado a la dignidad de esta convivencia humana. Y no sólo en lo que respecta a la responsabilidad frente al otro, sino también frente al futuro de los hijos que surgen de ella. En este sentido, **el matrimonio nunca es un asunto exclusivamente privado**, sino que tiene carácter público, social. De él depende la configuración fundamental de una sociedad.

Últimamente también se percibe esto, cuando convivencias no matrimoniales adquieren formas legales. Aunque se las considera formas de unión menores, tampoco éstas pueden pasar sin la responsabilidad pública, sin la inclusión en lo común de la sociedad. Y ese mero hecho manifiesta la inevitabilidad de una regulación pública y jurídica y, en consecuencia, social, aun cuando se crea que hay que introducir niveles inferiores.

Segundo aspecto por considerar: cuando dos personas se entregan mutuamente y, juntas, dan vida a los hijos, también está afectado lo sagrado, el misterio del ser humano, que trasciende mi propia autodeterminación.

Sencillamente, **yo no me pertenezco sólo a mí mismo**. Cada persona alberga el misterio divino. Por eso la convivencia de hombre y mujer también se adentra en lo religioso, en lo sagrado, en la responsabilidad ante Dios. La responsabilidad ante Dios es necesaria, y ésta se hunde precisamente en el sacramento sus raíces más auténticas y profundas.

Por eso todas las demás formas son modalidades alternativas que en última instancia pretenden sustraerse de alguna manera tanto a la responsabilidad mutua como al misterio del ser persona, de ahí que introduzcan en la sociedad una labilidad que traerá consecuencias.

La cuestión de la pareja homosexual es un tema muy diferente. Pienso que cuando, en un matrimonio, en una familia, ya no cuenta que sean hombre y mujer, sino que se equipara la igualdad de sexo a esa relación, se está vulnerando el tipo fundamental de la construcción de la persona. De este modo una sociedad se enfrentará a la larga a grandes problemas. Si escuchamos la palabra de Dios debemos dejarnos regalar sobre todo la iluminación de que la convivencia de hombre, mujer e hijos es algo santo. Y una forma adecuada de sociedad da resultado si considera a la familia, y con ello a la forma de unión bendecida por Dios, **la manera correcta de ordenar la sexualidad**.

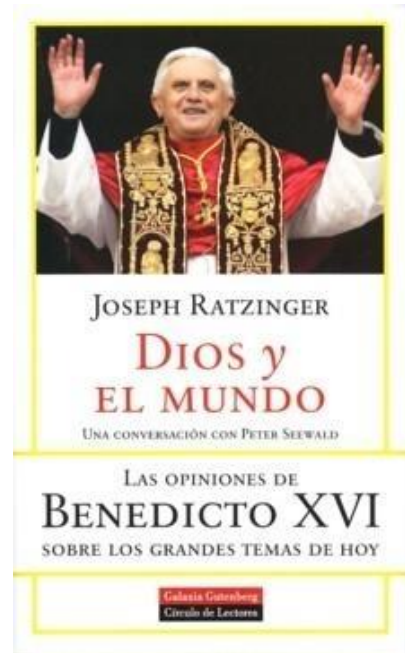
P: La fórmula del matrimonio dice así: "Te acepto como mi esposa / marido y te prometo fidelidad en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad. Prometo amarte, honrarte y respetarte mientras viva". Esto suena muy bien, pero ¿por qué tiene un matrimonio que esforzarse por durar toda la vida, "hasta que la muerte lo separe"?

R: Porque así figura en el carácter definitivo del amor humano y en la responsabilidad que se contrae con él. No deberíamos intentar demostrarlo racionalmente hasta el menor detalle. Aquí sale a nuestro encuentro la gran sabiduría de la tradición que, en definitiva, está respaldada por la palabra del mismo Dios. Sólo darme por entero, sin reservarme una parte ni, como quien dice, aspirar a una revisión, a una rescisión, responde plenamente a la dignidad humana. **La vida humana no es un experimento**, ni un contrato de arrendamiento, sino la entrega del uno al otro. Y la entrega de una persona a otra sólo puede ser acorde con la naturaleza humana si el amor es total, sin reservas.

P: Ya hemos hablado varias veces de sexualidad, evidentemente la Iglesia supone en ella un gran misterio. De otro modo es inconcebible por qué mantiene ideas tan rigurosas en esas cuestiones, incluso en el seno del matrimonio. ¿Es una idea diferente sobre la vida, sobre las personas, la que obliga a la Iglesia a prohibir los anticonceptivos?

R: De hecho, la Iglesia considera la sexualidad una realidad central en la creación. En ella la persona está conducida al Creador en su máxima cercanía, en su suprema responsabilidad. Con ello participa personal y responsablemente en las fuentes de la vida. Cada individuo es una criatura de Dios, y al mismo tiempo un hijo de sus padres. Por este motivo existe en cierto modo una interrelación entre la creación divina y la fertilidad humana. **La sexualidad es algo poderoso**, y eso se ve en que pone el juego la responsabilidad por un nuevo ser humano que nos pertenece y no nos pertenece, que procede de nosotros y sin embargo no viene de nosotros. A partir de aquí, creo yo, se entiende que dar la vida y responsabilizarse de ello más allá del origen biológico sea algo casi sagrado. Por estos motivos heterogéneos la Iglesia también ha tenido que desarrollar lo que los diez mandamientos esbozan y nos dicen. La Iglesia tiene que proyectar una y otra vez esa responsabilidad sobre la vida humana.

P: ¿Se puede ser un buen cristiano aunque se contravengan las ideas de la Iglesia en cuestiones de moral sexual?



R: Que uno siempre se quede rezagado de lo grande que la Iglesia le confía en la explicación de la palabra de Dios, es otro asunto. Pero si uno quiere **permanecer en el camino**, si uno conserva el reconocimiento fundamental de esa sacralidad de la intervención conjunta con Cristo en la creación, tampoco sale de la catolicidad ni siquiera en caso de fracaso. En ese caso, precisamente en la búsqueda, uno sigue siendo, si queremos expresarlo así, un "buen católico".

P: Los obispos italianos han exigido más valor para procrear. Porque una sociedad que se asusta de engendrar niños se "deshumaniza", decía uno de sus llamamientos.

R: Cuando se extingue el amor a los hijos, verdaderamente se pierde mucho. Antes, los italianos eran famosos por su amor a la familia y a los hijos. Hoy en día, algunas zonas de Italia tienen la menor tasa de natalidad del mundo. Aquí, la nueva riqueza ha provocado cambios fundamentales. De hecho, **una gran tentación de las sociedades occidentales es considerar a los hijos competidores** que quieren arrebatar algo de nuestro espacio vital, de nuestro futuro. Al igual que considerar después a los hijos una propiedad y una autorrepresentación. En última instancia, no se está dispuesto a aceptar sus propias exigencias, dado que habría que dedicarles tiempo y la totalidad de la propia vida.

Un obispo italiano me dijo que **los pobres invierten en la vida**, que desean ver su futuro en los hijos; **los ricos invierten en cosas**. No pretendo exagerar el significado de la palabra, pero es evidente que entre nosotros la inversión en cosas, en autoasegurarnos mediante valores reales que son la multiplicación de nuestro propio Yo, es más poderosa que la disposición a servir a otra vida. Aunque respetemos plenamente la problemática del crecimiento de la población, hemos de reconocer por otro lado los problemas de una sociedad envejecida que se niega a su propio futuro.

P: Palabra clave: crecimiento de la población. A la Iglesia se le reprocha que, con su rigurosa política de prohibición de medios anticonceptivos en el Tercer Mundo, está provocando graves problemas que llegan hasta la auténtica miseria.

R: Esto es un completo disparate, por supuesto. **La miseria se produce por la quiebra de la moral**, que antes ordenaba la vida en las organizaciones tribales y en la comunidad de los cristianos creyentes, excluyendo de ese modo la enorme miseria que contemplamos hoy. Reducir la voz de la Iglesia a la prohibición de los anticonceptivos es un desorden grave basado en una visión del mundo completamente trastornada, como demostraré enseguida.

La Iglesia predica sobre todo la santidad y la fidelidad del matrimonio. Y cuando su voz es escuchada, los hijos disponen de un espacio vital en el que pueden aprender el amor y la renuncia, la disciplina de la vida recta en medio de cualquier pobreza. Cuando la familia funciona como ámbito de fidelidad, existe también la paciencia y respeto mutuos que constituyen el requisito previo para el uso eficaz de la planificación familiar natural. **La miseria no procede de las familias grandes, sino de la procreación irresponsable** y desordenada de hijos que no conocen al padre y a menudo tampoco a la madre y que, por su condición de niños de la calle, se ven obligados a sufrir la auténtica miseria de un mundo espiritualmente destruido. Por lo demás, todos sabemos que hoy la rápida propagación del sida en África está provocando justo el peligro opuesto: no la explosión demográfica, sino la extinción de tribus enteras y la despoblación de muchas regiones.

Por otra parte, cuando pienso que en Europa se pagan primas a los agricultores por matar a sus animales, por destruir trigo, uva, frutas de todo tipo, porque al parecer ya no se puede controlar la superproducción, me parece que esos sabios ejecutivos, en lugar de aniquilar los dones de la creación, harían mejor en reflexionar cómo conseguir que redundasen en provecho de todos.

No generan la miseria aquellos que educan a las personas para la fidelidad y el amor, para el respeto a la vida y la renuncia, sino los que nos disuaden de la moral y enjuician de manera mecánica a las personas: **el preservativo parece más eficaz que la moral**, pero creer posible sustituir la dignidad moral de la persona por condones para asegurar su libertad, supone envilecer de raíz a los seres humanos, provocando justo lo que se pretende impedir: una sociedad egoísta en la que todo el mundo puede desfogarse sin asumir responsabilidad alguna. La miseria procede de la desmoralización de la sociedad, no de su moralización, y **la propaganda del preservativo es parte esencial de esa desmoralización**, la expresión de una orientación que desprecia a la persona y no cree capaz de nada bueno al ser humano.

POR QUÉ SE OPONE LA IGLESIA CATÓLICA AL CONTROL NATAL

I. UNA MALDICIÓN DIVINA... O HUMANA

Escribía hace un siglo LeBon que si una divinidad irritada quisiera hacer caer sobre Francia la peor calamidad, no escogería la peste o la guerra, males pasajeros, sino que simplemente duplicaría su población. Esto es lo que ha sucedido y está volviendo a pasar en poco más de medio siglo, y apenas hay ningún factor económico, ecológico, sanitario, social o cultural que no se encuentre gravemente deteriorado por este diluvio humano. ¿Hay que atribuir la responsabilidad del hecho a la naturaleza y a Dios, o bien a nuestras concepciones de ellos?

2. LA CONFLICTIVA POSICIÓN CATÓLICA

Analizaremos aquí el papel que juega en este problema la Iglesia católica. En su encíclica **Populorum progressio** Paulo VI reconocía: “Es cierto que muchas veces un crecimiento demográfico acelerado añade sus dificultades a los problemas del desarrollo; el volumen de la población crece más rápidamente que los recursos disponibles, y nos encontramos al parecer encefalados en un callejón sin salida. Es, pues, grande la tentación de frenar el crecimiento demográfico con medidas radicales” /.../ “Sin duda los poderes públicos, dentro de los límites de su competencia, pueden intervenir, llevando a cabo una información apropiada y adoptando las medidas convenientes”, pero añadía: “con tal que esas medidas estén de acuerdo con la exigencia de la ley moral”. ¿Cual es esa “ley moral”, según el catolicismo, que en la práctica se reconoce con frecuencia ser el principal obstáculo ideológico a la solución de ese problema hoy fundamental para la humanidad?

3. ¿ES “NATURAL” LA POSTURA CATÓLICA?

Algunos creen que el problema está en que “por una desgraciada casualidad” los únicos métodos anticonceptivos que la Iglesia considera “naturales” son muy ineficaces. Ya veremos

cuán superficial es considerar eso una “casualidad”.

Comencemos por preguntarnos qué es lo natural. Prácticamente, nada de lo que conocemos. No quedan ni tierras ni cosas vírgenes: el pan, el vino, “la naturaleza misma es un maravilloso artificio humano”, como observaba Jaurès, y hoy es todavía mucho más claro, en su aspecto negativo, por la contaminación. “La frustración de la naturaleza, lejos de ser inmoral, es la vocación del hombre” según el grito prometéico de Flynn, que encontramos ya en el mandato genesiaco: “Dominad la tierra”. Desde su óptica propia de antivallor, el mismo cristianismo es y se consideró siempre, según veremos, como una formidable “antifisis”, “anti-naturaleza”. Entre mil otros, san Zenón declara que “el mayor honor de la virtud cristiana es pisotear la naturaleza”.

En concreto sobre nuestro tema: el contar durante meses los flujos femeninos recurriendo al calendario e incluso al termómetro, realizar difíciles cálculos matemáticos estadísticos - ciertamente fuera del alcance de muchos- e incluso acudir a regular ese ciclo con píldoras, reprimiendo bastante tiempo cada mes el instinto sexual y amoroso, no pueden razonablemente ser llamados actos más “naturales” que el simple hecho de tomar, como tantos alimentos o remedios, una píldora, o revestirse de un preservativo, o incluso sólo ejecutar un movimiento corporal - retirándose a tiempo antes de eyacular-. Si adoptamos ese criterio también serían antinaturales los vestidos, para no hablar de esa inhumana (ellos llaman superhumana, divina) represión de los instintos que es el celibato sacerdotal, al que el método Ogino, o “continencia periódica” imita en parte.

4. LOS CRISTIANOS HOY NACEN, NO SE HACEN

El pretendido argumento de la “naturalidad” del método Ogino o Billings es sólo una cortina de humo que intenta ocultar los intereses reales que llevan a la Iglesia a oponerse a la anticoncepción. Uno de ellos, empleado a su vez por Platón y Mahoma, afirma la necesidad de “dar más almas a Dios”, de “aumentar el número de católicos respecto a los demás”. Empleado por obvias razones cada vez menos a nivel mundial, sigue aún vigente en países mixtos en religión: Alemania, Inglaterra, etc. En ellos, decía el cardenal Leclercq, “casi todas las familias numerosas son católicas, y este excedente de natalidad es una brillante revancha de la verdad divina sobre las fuerzas destructoras del error”. El tono es elocuente. Vayamos ahora al fondo de la cuestión. a) Ese argumento, como observa el jesuita

ta Noonan, prueba demasiado: condenaría hasta el método Ogino, el celibato, etc. b) Demuestra poca fe en la fe, en la capacidad de convicción del Evangelio. Invirtiendo la famosa frase de Tertuliano ante las muchas conversiones que habría en su época: "los cristianos se hacen, no nacen"; esta doctrina parece confiar más en la cama que en el púlpito, en la generación que en la regeneración de los hombres. Antes, como observa Noonan y analizaremos, "la alta valoración de la virginidad estaba acompañada de un desinterés por el crecimiento de la Iglesia por propagación física". Hoy, en cambio, el sacerdote L. de Echevarría sermonea: no des dinero para las Misiones si practicas la anti-concepción, porque así se convierten menos al catolicismo que los que dejan de nacer. c) Esa multiplicación numérica va contra la calidad religiosa (no sólo material y cultural) de los fieles. La extrema pobreza que fomenta esa proliferación de hijos acaba con la auténtica religiosidad, y no deja sino ritos y supersticiones, (LeBras). Así pues, "la avaricia rompe el saco" y ese natalismo a ultranza perjudica a la larga a la Iglesia católica.

5. LA FOBIA SEXUAL

Una razón fundamental de la oposición de la Iglesia a la anticoncepción es su sexofobia, que en san Pablo o san Agustín, entre otros, apenas difiere del maquinismo clásico. Para ellos el cristiano auténtico es el que "no se ha manchado con mujeres" (san Juan evangelista), o al menos ha renegado de ellas. El casado es un cristiano de segunda clase; el matrimonio es sólo para los débiles (Crisóstomo). Pero esos débiles, tolerados por no haber nada mejor, "deben pagar la deuda a la flaqueza de la carne" teniendo hijos (san Agustín). De ahí que todos esos "padres" (célibes) proclamen que el tener hijos es "el fin principal, e incluso único, del matrimonio", condenando el acto sexual que excluye la procreación (Denzinger, 1026 y 1158), que llegan a considerar un crimen, pues impide nazca una persona (santo Tomás). Esta idea, basada en la primitiva concepción biológica del semen como "hombrecillo", acaba de ser **milagrosamente** resucitada por el teólogo de Juan Pablo II, Carlo Caffarra.

Está claro que si se usan anticonceptivos eficaces cae por su base el argumento racional para prohibir la "fornicación", el estar disponibles plenamente para criar juntos al posible hijo (santo Tomás). Por eso los enemigos del placer han prohibido los anticonceptivos eficaces, dejando sólo aquellos tan inseguros

que inhiben el placer. No es pues de extrañar que los católicos, "aunque" tengan más hijos, y precisamente por eso, tengan menos vida sexual, según revelan las encuestas. No es menos lógico, por otra parte, que haya quienes acusen a esos Padres "célibes profesionales" de querer imponer cargas de hijos a otros que ellos no llevan ni con un dedo (Hechos de los apóstoles, XV, 10), procurando imponer periódicamente así a los demás una continencia a la que se han comprometido ellos (Reboux).

Sin embargo, la legitimidad admitida del matrimonio con un estéril ha debilitado la concepción de la procreación como fin principal (y más aún como fin único) del matrimonio (Noonan). Lo mismo ocurre con la "concesión" de Pío XII el 15-X-1951: "La Iglesia reconoce que se puede dispensar de la obligación de transmitir la vida durante mucho tiempo, incluso por toda la duración del matrimonio, a quienes tengan motivos fundados, indicaciones médicas, sociales, económicas o eugenésicas". Más aún, la misma aprobación del método Ogino y del Billings ha anulado la justificación del acto sexual sólo por su fin procreativo, por lo que muchos conservadores todavía se oponen a esos métodos.

Todo esto abre algún camino al cambio... y muestra la debilidad y las contradicciones internas, la "antinaturalidad" de la posición actual de la Iglesia católica, que no coincide ni con la mayoría de los expertos y teólogos, según manifestó el escándalo que el tema suscitó en el Concilio Vaticano II, al que el Papa Paulo VI quitó el poder deliberar sobre ello, por no estar la Iglesia allí reunida (¿y cuando más que en un Concilio?) de acuerdo con él. Dejó el asunto en manos de una Comisión... que también mayoritariamente se declaró contra la opinión del Papa, sin conseguir convencerle. Ni que decir tiene que la gran mayoría de los fieles católicos tampoco son en esto "fieles" al Papa.

Juan Pablo II ha retrocedido aún más que Paulo VI en este sentido, llegando a comparar el uso de anticonceptivos con el ateísmo (septiembre 1983 y noviembre 1988). Sólo una morbosidad sexual puede llevarle, a pesar de su titulación teológica; a mezclar de ese modo moral y dogma. Incluso, socavando con su intolerancia los fundamentos de la convivencia pacífica entre ciudadanos, Juan Pablo II ha exigido a los farmacéuticos católicos que se nieguen a vender anticonceptivos (noviembre, 1990).

6. EL MISTERIO SOBRE (ANTI)NATURAL

Vayamos al fondo de todo el problema, al misterio del Cristianismo, escándalo para los gentiles y los débiles en la fe, pero orgullo para quienes se glorian con san Pablo en sus debilidades.

Los adversarios de la Iglesia primitiva no la acusaban como hoy de pro-natalista, sino de lo contrario. Siguiendo el ejemplo de Jesús, la Iglesia predicaba y exaltaba mucho la virginidad, el celibato, la abstinencia, se la reprochaba pues de querer acabar con el mundo, despoblándolo. "¡Ojalá todos fueran como yo!" decía modestamente el célibe san Pablo, y san Agustín añadia impaciente que gracias a eso se acabaría antes este mundo perverso. "Al principio, todos debían desear tener hijos /.../ pero hoy /.../ todo deseo de ese tipo es superfluo" (Crisóstomo). "Cortemos de raíz el árbol estéril /sic/ del matrimonio /.../ Jesús y María han consagrado la virginidad" afirmaba san Jerónimo, recordando el bíblico "día vendrá en que se diga: dichosas las estériles".

Sin duda, la ortodoxia sólo admitió la castración espiritual (que tiene los mismos efectos poblacionales que la física). Pero el tener que reprimir la castración física indica por donde va la tendencia: desde el ambiguo texto evangélico hasta el nada ambiguo gesto de Orígenes de castrarse, actitud repetida tantas veces, hasta las sectas decimonónicas... y posteriores. Sólo en 1903 Pío X terminó con los cantores castrados del Vaticano, que durante siglos había fomentado esa castración, "la forma más cruel de esterilización" (S. Cappelletto). En el cristianismo "clásico", tradicional, las obras de la carne eran menospreciadas; los hijos eran un "distracción" del salvar la propia alma; el padre más respetable era el espiritual, etc.

¿Acusaremos por ello a la Iglesia actual de incoherencia, al ser ahora tan pronatalista? Esta sería una objeción superficial: el problema es todavía mucho más grave. La Iglesia ha cambiado sin duda diametralmente su táctica, pero para conservar íntegra su estrategia, para seguir fiel a sus principios, "ha cambiado para no cambiar".

7. LA OPOSICIÓN CRISTIANA AL MUNDO

¿Cuales son los principios por los que se rige la Iglesia? Bien claro nos los muestran el Nuevo Testamento y su historia

bimilenaria. Para Jesús y sus discípulos el mundo está corrompido sin remedio, y hay que oponerse radicalmente a él, vencerlo, salvarlo a pesar suyo. Lejos de aceptar lo que existe, lo "natural", el cristiano se enfrenta a él con una visión de la realidad no sólo diferente, sino contraria, invertida: una perspectiva escatológica, en el más allá, en virtud de la cual todo cambiará de signo, en una auténtica saturnalia eterna, no sólo de un día, como la fiesta romana en la que por veinticuatro horas los esclavos se transformaban en amos, y viceversa.

Lo que el mundo rechaza, considera un mal (la pobreza, la esclavitud, el sufrimiento, la castidad) es, en radical oposición, asumido por el cristianismo, porque impulsa a desear una revolución en el más allá. De ahí que, a pesar de la vergüenza y escándalo de algunos cristianos "aburguesados" ya entonces, san Pablo se glorió de que los creyentes se recluten sobre todo en los "bajos fondos" de la sociedad.

Y si los pobres aceptan mejor el Evangelio -y ¿quién podría negarlo, con la historia y las estadísticas en la mano?-, si los enfermos buscan más que los demás la salud espiritual -como vemos en el Evangelio y en Lourdes; con razón se ha dicho que "la enfermedad es el estado natural del cristiano"-; si los más desesperanzadamente oprimidos son los que más desean la salvación espiritual -Cristo venció porque Espartaco fue vencido"- ¿qué de extraño tiene que los verdaderos creyentes, que creen que lo divino vale infinitamente más que lo humano, se hayan resistido a permitir un cambio que, disminuyendo el sufrimiento humano, disminuyera igualmente su necesidad de salvación? Sintetiza esta "política de Dios" la famosa frase atribuida al ministro español de economía Ullastres, del Opus Dei: "Tengamos en cuenta que si nos desarrollamos crearemos menos en Dios", profecía realizada en la España contemporánea.

Resulta pues lógico, como muestra la historia, que antes de que se resignara a lo inevitable y procurara sacar partido de ello bendiciéndolo, la Iglesia católica se opusiera tenazmente, por razones entonces "naturales" para ella, a la liberación de los esclavo y de las mujeres (desde san Pablo hasta los Papas del siglo XIX), a los progresos sanitarios (estudios anatómicos, higiénicos corporales, anestesia, condena de la vacuna en 1839 por Pío VI, etc.) así como a la liberación política (condena de la democracia, del liberalismo, de la república, de la descolonización) y al progreso económico (condena del comercio, del préstamo a interés, del capitalismo, del socialismo) etc., etc.

8. DE PREDICADORES DE LA MUERTE A PRONATALISTAS

Si siguiendo esta estrategia inmutable se comprenderá que cuando una familia numerosa y un pueblo en expansión numérica eran un resultado excepcional, fruto de un óptimo estado económico, sanitario y sociopolítico, y palanca poderosa para reforzar ese mismo desarrollo, la Iglesia fuera muy antipoblacionista. Pero desde que (antes en Europa, ahora en todo el mundo) el fuerte crecimiento poblacional es por el contrario un grave obstáculo para ese desarrollo total, encontramos un cambio radical de táctica en la Iglesia, haciéndose la entidad más pronatalista para mantener el ambiente de necesidad de salvación ultramundana ante la catástrofe provocada y aumentada por esa dañina explosión poblacional.

En efecto: como ya vimos, los verdaderos católicos se glorían en sus debilidades, hacen suyo el "muero porque no muero" de santa Teresa, el "viva la muerte" liberadora de este valle de lágrimas del legionario, "novio de la muerte", Millán Astray. Y eso aunque les critiquen por ser "predicadores de la muerte" (Nietzsche) quienes, por no tener su fe, juzguen ese comportamiento suyo absurdo e inhumano. La exaltación actual de la Vida humana, según el título de la encíclica contra la anti-concepción de Paulo VI, no es sino aparentemente contraria, ya que la superpoblación es a la larga la peor plaga concebible, según vimos advirtiera LeBon. El exceso de vida se ha hecho canceroso y son vitalmente necesarios los productos anti-vitales (antibióticos) -es decir, en este campo, los anticonceptivos-, para que nos ayuden a impedir nuestro aniquilamiento, como les ha ocurrido ya a otras especies que se multiplicaron demasiado, y sucumbieron por hambres, epidemias y luchas intestinas.

En este contexto global podemos comprender, horrorizados (los que no compartimos esa espiritualidad), cómo la Iglesia puede considerar moral bendecir los cañones, pero no los preservativos, y declarar remedio "natural" para la superpoblación la guerras, pero no los anticonceptivos.

9. LOS "RENOVADORES" EN LA IGLESIA CATÓLICA

No se puede ignorar, sin duda, que hay en la Iglesia católica quienes promueven un cambio, quienes desean equilibrar la tendencias "celestes", "escatologistas", "eternas", con otras "terrestres", "encarnacionistas", "temporales", y aceptan, en

nuestro campo, el control de la natalidad, sosteniendo que la Iglesia está modificando su actitud. Claro está que va teniendo que modificar aquí su posición, como ante los temas de la esclavitud, etc., y ante Galileo, Jenner, Darwin, Marx o Freud. Pero el cambio se realizará precisamente cuando el mal esté hecho y no tenga remedio. Entonces atacará por otro punto fiel a su propio espíritu antinatural ("sobre" natural).

En nuestro campo, como observa el francés Dr. Simon, dentro de unas décadas la Iglesia declarará también orgullosa el haber sido campeona en planificar la natalidad, falsificando una vez más sin escrúpulos la historia en beneficio de sus intereses "divinos". Pero ¿es humano hacerse cómplice de tanta mistificación y de sus trágicos resultados? No se trata de negar a quienes se esfuerzan por ser pioneros en conciliar lo "sobre"-natural con lo natural un grado notable de buena fe y valor. Pero eso mismo lleva a la mayoría de ellos, con el tiempo, a comprender la realidad y renunciar explícita o implícitamente a esa cuadratura del círculo. Pero entonces son reemplazados por otros bien intencionados, de modo que siempre hay algunos que sirven a la Iglesia como escaparate para sus "relaciones públicas"... mientras continúa su labor destructiva, antinatural.

"El que tenga oídos para oír, que oiga". Si hoy vienen comunistas, después de cincuenta o cien años, a decimos que todos los anteriores habían interpretado mal **El Capital**, que ellos son los verdaderos representantes del comunismo "de rostro humano", modernos, civilizados, y nos parecen tan cargados de buena voluntad como de ilusiones ¿qué decir de los que tienen tanta fe que creer haber descubierto ellos el cristianismo auténtico, o incluso ser capaces de modificar una práctica veinte o cuarenta veces más consolidada?

No es fácil salir de una visión global del mundo, de una ideología. Así hay quien se ríe a carcajadas de quienes han podido creer, como los fascistas, que "el jefe siempre tiene razón"; pero añade de inmediato, con toda seriedad, que el Papa es inflexible, porque... Y cuando más complejo, sutil y asombroso, por no decir milagroso, es el razonamiento, cuantas más hipótesis intermedias requiere, más orgulloso se encuentra de su propia capacidad de conocer por la fe lo que otros no tienen privilegio de saber; por lo que, envidiosos, lo consideran un desvarío. En pocas ocasiones se aplica mejor el "ver la paja en ojo ajeno y no la viga en el propio". Más aún, el considerar meritorio el cegarse ante lo propio... y desquitarse criticando lo ajeno. El conocido

no. Considerando corrompidos e incapaces de moral propia a los demás, esos católicos se convierten en muy peligrosos defensores de un totalitarismo ideológico que está contribuyendo a arruinar el mundo con el exceso de población y las guerras civiles bautizadas como "cruzadas". Como escribieron un grupo de Premios Nobel a los directivos de la Planificación Familiar en Francia: "los que os combaten pretendiendo ignorar la dura realidad, los hambrientos, los disminuidos y los muertos, tienen una grave responsabilidad. Nadie debería creerse con derecho a sacrificar la felicidad, la salud y la vida de los seres humanos a principios personales, por sinceros y nobles que sean; a convicciones respetables, sin duda, pero que no todos comparten; o a imperativos económicos o poblacionales".

12. LA POLÍTICA DEL MAL MENOR

Una última consideración. Supongamos que a pesar de todo la Iglesia católica tuviera razón y la anticoncepción fuera un mal. Incluso en ese caso ¿es seguro que su prohibición, en los términos en que hoy está planteada, no produce mayores males para todos, incluida ella misma, que una cierta tolerancia?

La prostitución, por ejemplo, ha sido considerada siempre por la Iglesia como un pecado, pero con frecuencia la ha tolerado, como un mal menor. El mismo Agustín decía: "Suprimid las cortesanas y la sociedad sufrirá un profundo desquiciamiento... los lupanares son semejantes a las cloacas que, construidas en los más espléndidos palacios, separan las miasmas infecciosas y purifican el aire". La Iglesia ha permitido también en determinadas circunstancias el abandono y exposición de los hijos para evitar el infanticidio.

Según esa misma línea de prudencia pastoral, el P. Contenson, después de recordar el caso de la prostitución, indica que "la anticoncepción podría ser tolerable, y en determinados casos deseable, al permitir evitar males todavía más graves que su relativa difusión en determinados ambientes".

En efecto: el acelerado crecimiento poblacional crea o intensifica múltiples problemas, como decía el Presidente de Colombia en 1967; problemas no sólo económicos o sanitarios, sino también morales: promiscuidad, incesto, prostitución, aborto, alcoholismo, etc. En el mismo plano físico ¿no responden las madres latinoamericanas que si es pecado la anticoncepción,

pesar de ser ésta anodina, debido sobre todo a presiones de los mismos grupos católicos. Incluso en 1984, en la Conferencia de Población de México, pretendió, en vano, que ésta suprimiera incluso la mera proclamación abstracta del derecho de las personas a conocer y practicar la anticoncepción. Especialmente significativa su cruzada, no ya contra, sino con el integrismo islámico para imponer sus prohibiciones en la Conferencia de El Cairo. Esas maniobras fueron tan descaradas y perjudiciales para un problema ya tan reconocidamente grave y urgente que por vez primera el Vaticano, fuertemente combatido y casi unánimemente repudiado, tuvo que dar marcha atrás.

A nivel de países concretos, y junto al caso recién citado de la India, es difícil encontrar ejemplo de colonialismo cultural más vergonzoso que el que ejerció la Iglesia católica contra el Japón, cuya superpoblación es secular y acababa de contribuir a la segunda guerra mundial. Pues bien, en un país en que los católicos eran -son- apenas el uno por mil, gracias a las presiones de las mujeres católicas estadounidenses, el general McArthur impidió, mientras duró su ocupación militar, una política anticonceptiva muy necesaria, que realizaron inmediatamente después los mismos japoneses. Más tarde, en un Congreso mundial, el Dr. Kan Majima declaró: "Esas reformas eficaces fueron posibles en nuestro país por varias razones. La primera y principal es que la influencia ideológica de la Iglesia católica es insignificante". Y es difícil hablar de anticlericalismo en el Japón...

¿Para qué dar más "ejemplos"? Observemos sólo que se ha llegado incluso a chantajear a políticos orientales que hablaban de control natal, diciéndoles que eso llevaría a los católicos estadounidenses a retirarles su ayuda. Se ha querido justificar esa violenta imposición católica diciendo que no se trata de clericalismo, sino de ley natural (Dr. Chauchard). De ese modo, como observa el P. Ward, la Iglesia católica sería responsable de la moralidad de todo el universo, siendo su deber interferir e impedir toda legislación que pudiera afectar la moral, incluso de los no católicos.

Por poca objetividad y respeto a los demás que se conserve, se comprenderá, con el arzobispo jesuita Roberts, hasta qué punto es insultante a todos los demás esa concepción católica, y el hablar de la anticoncepción como "intrínsecamente inhumano y antinatural". Se cierra así del todo la puerta a cualquier ecumenismo, e incluso a la mera convivencia civil y democrática con los no católicos, declarando la guerra a todo el género huma-

demógrafo Parsons concluía hace poco: "La institución católica romana se ha colocado en tal situación mental sobre los problemas de población que, si cientos de millones no estuvieran sufriendo y muriendo sin necesidad, sería caritativo apartar la vista del espectáculo. Hombres educados e inteligentes prostituyen hechos, ciencia, lógica y sentido común en intentos de evadir los hechos más sencillos respecto a población y recursos para poder justificar lo injustificable: la posición tomada por la jerarquía católica sobre el tema del control de la natalidad".

10. EL RECURSO AL BRAZO SECULAR

El carácter super o antinatural de la posición católica, el contenido, digamos, no racional de sus argumentos, dificulta sin duda la aceptación de sus dogmas y mandatos morales. Para favorecer su aceptación, la Iglesia añade a la omnipotente gracia divina unas claras amenazas a quienes no obedezcan; chantaje que refuerza con detalles de refinado sadismo, incluyendo los más espantosos tormentos eternos destinados a quienes, aun sin pasar a la práctica, tuvieran el pecaminoso deseo de librarse de su yugo.

Sin embargo, ese terrorismo psicológico, ese lavado de cerebro es menos eficaz en una época de mayor instrucción como la nuestra. De ahí que, a pesar de ese chantaje de condenación eterna, la gran mayoría de sus fieles no cumpla con normas relativamente sencillas, como la misa dominical. Mayor todavía es el rechazo a normas eclesiológicas como el divorcio, la vida sexual y la anticoncepción. Sólo pequeños grupos siguen todavía, incluso en los países más católicos, esas normas exigidas, recordémoslo, bajo pena de muerte eterna.

La Iglesia procura entonces añadir a la violencia psicológica la física, recurriendo para ello al brazo secular, al Estado, exigiéndole como san Agustín que emplee la violencia para hacer entrar a los herejes en la Iglesia.

¿Qué importa que con esta "constantinización" la Iglesia se secularice, se materialice; el que, como decía el cardenal Lercaro "cuando se impone la verdad es porque se confunde la religión con la política"? Desilusionados de los hombres (y, en el fondo, del poder de su fe) esos inquisidores, tan magistralmente descritos por Dostowieski, no valoran entonces sino la conformidad exterior, material, y prefieren suponer la conformidad interior,

o esperar que venga ésta automáticamente: "tomar agua bendita y embrutecerse" (Pascal), "la letra, con sangre entra", "el fin justifica los medios", etc.

En nuestro caso, y contra el sentido mayoritario del pueblo (sin lo que no sería necesario promulgarlas) el catolicismo promueve siempre que puede leyes contra los métodos anticonceptivos y contra todo lo que se relacione con ellos. Y cuando es derrotado, se esfuerza como sea por obtener que no tenga efecto esa recobrada libertad anticonceptiva, recurriendo contra el pueblo a los gobiernos locales, o a los médicos, farmacéuticos, etc.

11. IMPOSICIÓN DE LA "LEY NATURAL" A LOS NO CATÓLICOS

La presión de la Iglesia católica no se limita a los cristianos. Gracias al imperialismo y colonialismo cultural, ha conseguido imponer su ideología pronatalista incluso en países en los que es muy minoritaria o prácticamente inexistente, manipulando las organizaciones internacionales.

Decía al respecto Brock Chisholm: "Nadie consigue nada en las agencias de las Naciones Unidas cuando se trata de hablar francamente sobre los problemas de población. La comisión redacta cada año informes aterradores, pero se abstiene de hacer recomendaciones prácticas porque no es conveniente. Cada comité está bajo la influencia de la Iglesia católica, y ningún delegado de los Estados Unidos, Canadá, Francia, Inglaterra y muchos países de Europa está en posición de desairar el tabú". No menos explícito, Julián Huxley afirmaba: "Uno de los grandes escándalos del siglo veinte es que, debido a presiones, principalmente de los países católicos, la Organización Mundial de la Salud no haya podido ni considerar los efectos de la densidad de población sobre la salud en sus deliberaciones /.../ Si se puede pretender que la presión poblacional no afecta la salud, se puede sostener cualquier cosa". Y cuando la India solicitó ayuda a los OMS para controlar su natalidad, los países católicos amenazaron con dejar la organización si se le permitía otro método que el Ogino, que fue, como es lógico, un trágico fracaso allí.

El Vaticano prohibió a los católicos la asistencia al Congreso Mundial de Población en Ginebra, que temía fuera favorable al control de la natalidad. Su organización fue la única que no firmó el acto final del congreso de 1974 en Bucarest, a

mayor pecado es tener un hijo sin poder darle de comer?

En el plano religioso, la disminución del número de católicos está muy ligada a las continuas declaraciones contra los anticonceptivos por parte de la jerarquía, hasta el punto de haberse afirmado que "el cisma del útero es mucho más grave que el de Lutero". Las mujeres católicas se oponen mayoritariamente a esas posturas intransigentes.

Entre los pocos católicos que siguen las normas jerárquicas cunde la confusión y la angustia: "Terminan por creer que pecan siempre: contra la prudencia si conciben un niño; contra la pureza si se relacionan rehusando la procreación; y contra la caridad si se separan" (Madinier). Esa posición extrema parece estar elaborada por auténticos "fabricantes de angustia", que exigen mucho, demasiado, lo imposible, para crear conciencia de pecado, y una dependencia total respecto a quien puede perdonarlo, organizando así una solidaridad tan fuerte como morbosa.

Por otra parte, las mismas prohibiciones, como la enciclica Humanae vitae, propagan eficazmente aquello que dicen combatir: en Italia, por ejemplo, se vendieron el doble de píldoras anticonceptivas al año siguiente de su publicación. ¿Cabe una ilustración más patente de que "por la ley conocí el pecado"?

Incluso el método Ogino, propuesto por la Iglesia, ¿no es profundamente inmoral? En efecto: el tener o no tener un hijo es cosa demasiado seria para dejar de emplear al respecto los métodos más eficaces, en lugar de ese método tan aleatorio, que ha sido por ello llamado "ruleta vaticana". Y ¿qué decir de la creyente sospecha -que ya-debería obligarnos a prescindir de él, en materia tan grave- de que, al producirse con el método Ogino más concepciones con óvulos o espermas viejos, se dan entre sus usuarios más casos de hijos anormales (Potts)? ¿O se seguirá aconsejando, por opinarse que es más cristiano, el ser enfermo, tarado?

De lo que no cabe duda alguna -y es también fuente de personas anormales, al fallar- es que el aborto es más frecuente entre las mujeres católicas en general, y las que usan el método Ogino en particular, según se ha comprobado en países como Brasil, Inglaterra y Suiza.

¿Es todo esto prudencia pastoral, caridad cristiana? Ciertamente no -a menos que se acepte su carácter brutalmente

antinatural- y contradice las normas muchas veces dadas sobre éste y otros temas, de no preguntar demasiado en el confesionario, ni condenar abiertamente las prácticas demasiado arraigadas en la población. Así párrocos prudentes han preferido con frecuencia no dar misiones en su parroquia a confiarlas a religiosos rigoristas que insistirían en una contraproducente prohibición de la anticoncepción (Bureau). Al extremo opuesto, Juan Pablo II ha ido en 1993 al continente con la mayor tasa de natalidad y SIDA del mundo, África, a exigir repetidamente, incluso a los paganos, que no usen el preservativo. Eso no es ya imprudencia: es un auténtico genocidio, un crimen contra la humanidad, como se denunció en el Parlamento europeo. "El que el Papa Juan Pablo II -escribe P. McComas en el Times, 25-X-1993- atraviese el planeta predicando contra el "pecado" del control natal en estos días de desencadenado crecimiento poblacional, hambrunas y recesos cada vez más escasos, es algo más que inconsciencia o irresponsabilidad. Es una maldad".

No es pues de extrañar que se hayan levantado muchas voces dentro de la misma Iglesia contra esa morbosa obsesión, tan contraproducente, como vemos, respecto a los pecados del "sexo", mientras que se pasan por alto o incluso se bendicen acciones que van tan directa y masivamente contra la vida como las guerras coloniales. (Aunque hay que reconocer que resulta difícil esperar que renuncien a su única fuente de satisfacción estos los puritanos que sólo disfrutan a fondo con un tipo de placer sexual: el sádico de procurar impedir que los demás lleven una vida sexual sana y completa). Decía con hondo dolor el arzobispo jesuita Roberts: "Si se hubieran lanzado sobre el Japón anticonceptivos en lugar de bombas que "sólo" mataron y destruyeron millares de vidas, se habría oído un grito unánime de ultrajada protesta desde el Vaticano hasta el más remoto camparero de Asia". ¿Qué habría hecho Jesús ante todo esto? ¿Qué, los fariseos?